

EPÍLOGO

PAUL AUSTER. FICCIÓN Y AUTORÍA

Pablo García Casado
pgcasado@gmail.com
Escritor

Un año después de compartir espacio y tiempo con las profesoras y el alumnado del Departamento de Filología Inglesa y Alemana, retomo la reescritura de la intervención al congreso sobre Paul Auster en el que participé. Lo hago con mucho gusto, advirtiéndolo, como no podía ser de otro modo, que mi acercamiento a la obra del escritor norteamericano no es académico ni filológico, pues carezco de las más elementales herramientas de análisis para ello. Es, y así espero que se entienda, un abordaje como lector, escritural, si les parece, en cuanto un escritor no es más que un lector insatisfecho que se empeña en poner en negro sobre blanco el libro que quisiera encontrar en su biblioteca.

Para quienes empezábamos nuestra trayectoria literaria allá por el final del siglo pasado, encontrar la obra de Paul Auster fue un aldabonazo, alguien que nos abrió de par en par las ventanas y nos animó a decir «por qué no». Su narrativa permitía nombrar con mayor amplitud el espacio posmoderno en el que nos hallábamos, cuántico y complejo, que podía resumirse en la que entonces nos parecía su obra cumbre, *La Trilogía de Nueva York* (1987). Un entusiasmo voraz que nos llevaba a acudir a la llamada de cada entrega editorial del neoyorkino, que nos ha ido deslumbrando todos estos años. Por eso, elegir una obra solo, como lectoescritor, se me antojaba difícil, pero sí que había un libro que por su rareza merece ser abordado de manera distinta a cualquier otro: me refiero a *Creía que mi padre era dios* (2001).

Pongámonos en situación. Estamos en 1999, Auster acaba de publicar *Tombuctú*, un relato donde narra nada menos que la conversación entre un perro y su amo, una fábula para cuestionar el papel del lenguaje en las sociedades contemporáneas. Divertido, punzante, ingenioso, parece que las loas planetarias a la capacidad creativa del neoyorkino le empezaban a aturdir y generar en él ciertas dudas. Porque también a alguien como Auster el fantasma del impostor se le cuela en su sofá y anida en su día a día. Y no solo eso, también el miedo a no escribir, a quedarse seco, a no saber cuál es el paso siguiente.

En ese *impasse* surge una invitación extraña. La radio pública de los Estados Unidos le propone al escritor que narre en las ondas un cuento cada semana. Un encargo, como muchos que recibimos los escritores, seguramente mal remunerado y que implicaba un esfuerzo notable y con escaso rédito. Ahora esto podría tener un respaldo, podría ser incluso ‘monetizado’ —qué palabra más fea— en un podcast, pero entonces las palabras se la llevaría el viento. Sin embargo, la posibilidad de que su voz fuese escuchada en todo un país, por personas lejanas a la literatura, parecía una invitación al menos a tener en cuenta. Si en principio su actitud fue renuente, su mujer, la también escritora Siri Hustvedt, le indicó que podía darle la vuelta a la situación y convertir el proyecto en algo atractivo. Imagino la escena en la cocina de los Auster,

— No me apetece nada lo de la radio, Siri.

- Dile que aceptas el encargo, pero que no vas a ser tú sino los oyentes quienes escriban las historias.
- ¿Y tú crees que aceptarán?
- Claro que sí. Por dos motivos: el primero es que la gente quiere que escuchen sus historias. Y el segundo es que las leerá nada menos que Paul Auster.
- ¿Y tú crees que los oyentes saben quién es Paul Auster?
- Joder, qué cosas preguntas. Yo qué sé. No le des tanta importancia. Por cierto, he visto que no has comprado bolsas de basura. ¿Por qué no bajas al súper? Y ya de paso, compra detergente.

Esta conversación me la he inventado, por supuesto, porque en el hogar de Siri Hustvedt y Paul Auster nunca ha faltado detergente ni bolsas de basura. Sea como fuere, Auster aceptó el encargo con dos condiciones. La primera es que el relato tenía que ser verídico y la segunda, que tenía que ser breve.

A lo largo del tiempo en que el programa estuvo en antena, Auster recibió una cantidad nada desdeñable de textos. De todos ellos, el novelista rescataría para su lectura en cada programa los más relevantes, los que podrían representar una especie de mapa emocional de los Estados Unidos. Más que un taller de escritura, Auster se encontró con un retrato de su país, que tenía sus fallas, pues el perfil de oyente de la radio pública, ese que Donald Trump quiere hacer desaparecer del mapa, no era completo. Entre los relatos recibidos, escaseaban los de chicanos, asiáticos o afroamericanos, por lo que podría decirse que se trataba de una radiografía de Estados Unidos en el siglo XX, aunque limitada a la población de raza blanca.

Sea como fuere, Auster seleccionó 180 textos. Los autores de los relatos pertenecían a distintas edades, condiciones sociales o credo religioso, y los temas tratados eran tan diversos como las experiencias de cada uno de nosotros: de la pornografía a la espiritualidad; de la amistad a la guerra; del odio al amor, de la ilusión al desencanto, de la vulgaridad a lo sublime... Unos textos que el novelista neoyorkino agrupó por temas tales como los animales, la familia, la guerra, el amor o los sueños.

La compilación de esos relatos en un libro suponía también tener en cuenta un factor nada desdeñable: eran relatos escritos sin vocación literaria. En ningún momento se les decía que aquellas historias, aquellas pequeñas anécdotas de su vida que hasta ahora tenían una significación exclusivamente personal iban a aparecer en un libro firmado nada más y nada menos que por Paul Auster.

A lo largo de la edición, el novelista no pudo sustraerse a la posibilidad de un cierto pulido de los textos. Pero él mismo se encargó de señalar, en distintas entrevistas, que esas correcciones fueron limitadas, puramente técnicas, y que, en todo caso, contaban con la aprobación de sus autores.

En todo ese proceso, Auster reconoce que se encontró con un puñado de vidas apasionantes, vidas que, sin esa experiencia radiofónico-literaria, habrían permanecido para siempre en el olvido. Y además nos abre la mayor de las incógnitas, en cómo es la vida de quienes ni siquiera se atreven a narrarla, todo ese caudal de emociones de los millones de habitantes de este planeta. Esa energía silente nos lleva al nudo gordiano del libro, cómo lo anecdótico y lo no literario, lo que no estaba destinado a ser literatura, se convierte en literatura.

La experiencia de *Creía que mi padre era Dios* nos traslada además una pregunta muy sugerente sobre el concepto de autoría. El gran fabulador del cambio de siglo, el paradigma del relato contemporáneo firmaba una obra cuyos autores habían sido otros y otras. ¿Dónde quedaba la genialidad y el aura? Sin decirlo, Auster, estaba cuestionando el *sancta sanctorum* de la escritura: la autoría.

La dilución del concepto de autoría se asienta en dos realidades. La primera es que escribimos con palabras, que son, por así decirlo, los ladrillos del edificio que construimos. Y esos ladrillos no nos pertenecen, son de los hablantes, simplemente las tomamos prestadas. Por otro lado, cuando un texto se publica, ese texto *ya* es del lector. Es él quien se relaciona en soledad sin la presencia del escritor. Si alguien me pregunta de quién es mi ejemplar de *Creía que mi padre era Dios*, mi respuesta es evidente: «Ese libro es mío».

Estas dos consideraciones nos llevan a situar la verdadera dimensión de un escritor, que no parece ser otra que la de intermediario. De alguien que lleva y trae. De alguien que cambia las cosas de sitio. Un cosario. Un comisionista. Nuestro papel se reduce a ser meros mediadores. Nuestro arte es la combinatoria.

Paul Auster ha sido uno de los autores que más y mejor han influido en los escritores contemporáneos. Y la aportación en este libro no es menor, por cuanto está cuestionando para sí mismo y para los demás el concepto de lo literario y el de autoría, dejando en el aire preguntas incómodas para quienes nos dedicamos a la escritura. Preguntas incómodas pero necesarias y muy saludables.

OBRAS CITADAS

- Auster, Paul (1999), *Tombuctú*, Benito Gómez Ibáñez (trad.), Madrid, Anagrama.
Auster, Paul (2002), *Creía que mi padre era Dios*, Cecilia Ceriani (trad.), Madrid, Anagrama.
Auster, Paul (2012), *La trilogía de Nueva York*, Maribel de Juan (trad.), Madrid, Anagrama.